

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 219

VISITA DE JUÁREZ AL CADÁVER DE MAXIMILIANO

Agustín Rivera
1824-1916

*Don Agustín Rivera y Sanromán (nació en Lagos de Moreno, Jal., el 29 de febrero; murió en León, Gto., el 6 de junio) fue un notable polígrafo que cultivó con sabiduría diversas disciplinas humanísticas. Recibió las órdenes sacerdotales y se doctoró en Derecho en el Seminario de Guadalajara. Su adhesión a la causa liberal que, como recuerda Mariano Azuela, "...fluye incesantemente de sus libros..." le ocasionó no pocas dificultades con el gobierno eclesiástico. La Universidad Nacional, al ser inaugurada en 1910, lo honró con el doctorado Honoris Causa. De su libro **Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio (1898)** recogemos esa hermosa y significativa estampa que muestra el cadáver del príncipe Maximiliano ante los pies del humilde indio de Guelatao.*

Es bien sabido que el embalsamamiento del cadáver de Maximiliano en Querétaro, a pesar de haber sido hecho por cuatro médicos, resultó mal ejecutado, por lo que fue necesario un nuevo embalsamamiento, el cual se practicó en la capital de México, en la iglesia del hospital de San Andrés. Ésta era una iglesia mediana que cerraba el callejón de Betlemitas; después fue derribada, y el lugar donde estaba es hoy calle de Xicoténcatl... La iglesia tenía tres comunicaciones con el exterior, a saber: la puerta principal, que daba a la calle, la puerta del costado, que daba a un corredor del hospital, y la puerta de la sacristía, que daba a otro corredor del mismo. De la linternilla de la cúpula pendía una cadena y de ésta un candil.

A mi vuelta de Europa llegué a la capital de México el día 23 de noviembre de 1867, es decir, pocos días después que el cadáver de Maximiliano había sido sacado de la iglesia de San Andrés para conducirlo a Veracruz. Venía enfermo, por lo que antes de pasar a Lagos me estuve una temporada en México para curarme. En esta temporada, un mexicano antiguo amigo mío, y testigo ocular del segundo embalsamamiento del cadáver de Maximiliano, me refirió lo siguiente. Antes me exigió le prometiera bajo palabra de honor que jamás diría a nadie el secreto que me iba a comunicar, y se lo prometí.

Luego que las hermanas de San Andrés recibieron la orden de desocupar la iglesia, porque en ella se iba a practicar el embalsamamiento, hicieron que se sacase del sagrario el santísimo, los vasos sagrados, las aras, los manteles y demás paramentos, y la iglesia quedó convertida en un salón profano de operaciones quirúrgicas. Luego que el ataúd con el cadáver de Maximiliano fue colocado en una gran mesa en medio de la iglesia, se situó en ésta a una tropa para que custodiase el cadáver. Se cerraron la puerta principal del templo y la del costado, y no se dejó más puerta de comunicación que la de la sacristía. Se puso en esta puerta otra guardia, con orden, bajo severas penas, de no dejar entrar a nadie, a excepción de las personas absolutamente necesarias para el embalsamamiento. Se puso otra guardia en el exterior de la puerta principal y otra en el exterior de la puerta del costado para que nadie se acercase a



Marzo 10 de 2006

Academia de Humanidades FES-Acatlán

dichas puertas; otra guardia en la azotea del hospital para no dejar acercar a nadie a las ventanas del cuerpo de la iglesia que daban a dicha azotea, y otra guardia en las bóvedas del templo, para no dejar a nadie acercar a las ventanas de la cúpula. Esta rigurosa custodia de día y de noche, duró hasta que el cadáver fue sacado de la iglesia¹. Por supuesto que se eligieron para guardias a los soldados de más confianza, y para jefe de la tropa a un militar cuya fidelidad a la disciplina estaba muy experimentada.

Se desnudó completamente el cadáver, se ató en posición vertical a una escalerilla, y ésta se colgó de la cadena que pendía de la linternilla, y hasta que escurrió todo el bálsamo que se había inyectado en Querétaro, se practicó el segundo embalsamamiento.

Juárez ordenó al jefe de la tropa que luego que terminara el embalsamamiento le avisara, antes que fuera vestido el cadáver. En un día de la segunda mitad de octubre se dio aviso a Juárez de que estaba terminado el embalsamamiento, y que al día siguiente sería vestido el cadáver, y Juárez dijo al jefe de la tropa que ese día, a las doce de la noche en punto, estaría de incógnito en la puerta principal del templo de San Andrés, encargándole una completa reserva.

En efecto, a las doce de la noche en punto se paró un coche a la puerta del templo de San Andrés, y el jefe de la tropa abrió inmediatamente la puerta. Entraron únicamente Juárez y su ministro Sebastián Lerdo de Tejada. Al entrar se descubrieron la cabeza y se dirigieron a la gran mesa que estaba en medio del templo, en la que estaba tendido el cadáver de Maximiliano, completamente desnudo y rodeado de gruesas hachas encendidas, y se pararon junto al cuerpo. Juárez se puso las manos por detrás, y por algunos instantes estuvo mirando el cadáver sin hablar palabra y sin que se le notara dolor ni gozo; su rostro parecía de piedra. Luego con la mano derecha midió el cadáver desde la cabeza hasta los pies, y dijo: “Era alto este hombre; pero no tenía buen cuerpo: tenía las piernas muy largas y desproporcionadas”. Y después de otros momentos de silencio, dijo: “No tenía talento, porque aunque la frente parece espaciosa, es por la calvicie”. Lerdo no dijo nada. Luego se sentaron en una banquilla que estaba frente al cadáver, siempre mirándolo. Juárez atravesó una que otra palabra con el jefe de la tropa, manifestándole su afecto por lo bien que estaba desempeñando su comisión de la custodia del cadáver, porque se había hallado en el sitio de Querétaro y porque años atrás lo había tratado de cerca y estimado bastante. Juárez y Lerdo se volvieron en el mismo coche. La visita duró cosa de media hora.

Al día siguiente fue vestido el cadáver, y ya se permitió a varias personas la entrada a la iglesia de San Andrés a visitar los despojos mortales del ex emperador de México, previa licencia de una autoridad superior al jefe de la tropa, la que continuó custodiando de día y de noche el cadáver, hasta el día en que fue sacado de dicha iglesia para ser conducido a Veracruz. Se permitió también tomar fotografías del cadáver².

Luego que escuché la narración anterior, la escribí para que no se me olvidaran los detalles, y conservo el manuscrito.

¹ No recuerdo cuánto duró el cadáver de Maximiliano en San Andrés; me parece que fue cosa de tres meses y medio.

² Yo vi una de ellas, y el cadáver de aquel hombre, cuyo hermoso rostro había yo conocido en el mismo hospital de San Andrés, según refiero en estos mismos *Anales*, a pesar de dos embalsamamientos, estaba horrible.

Fuente: Agustín Rivera, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, Comisión nacional para las conmemoraciones cívicas de 1963, México, 1963, pp. 353-355.

PROFESOR, RECUERDA:

“La instrucción es la primera base de la prosperidad de un pueblo, a la vez que el medio más seguro de hacer imposible los abusos del poder”.

Benito Juárez